



Virgen de la Inmaculada Concepción, junto a la cual la Madre Mercedes cantaba y rezaba el Oficio Divino.

4. Fiestas y novenas

Joya artística

En la Casa Madre de las Hermanas de la Caridad, situada en Guise 1945, en la Ciudad de Buenos Aires, hay un pequeño museo o, mejor, un santuario, en el que se han juntado muchos recuerdos y reliquias de la Fundadora: trabajos manuales, labores, bordados... Las Hermanas le han dado el nombre de "Cuna", por el cariño con que la cuidan y por ser un "cuna" de la Congregación.

Entre los recuerdos más apreciados hay una joya artística con el nombre de Virgen Niña, perteneciente a la Fundadora por más de un motivo: por su devoción, por las gracias obtenidas por su intercesión y por haberle brindado particulares trabajos.

Es una talla de vestir de España, del siglo XVIII. La Virgen de rostro regordete, enmarcado por una cabellera rubia, vestida con un manto azulado y adornada con firuletes de oro y plata, está sentada sobre una sillita alta, trenzada con rafia por su devota dueña y calzada con sandalias de plata.

Ese pequeño trono santiagueño es el fruto concreto no sólo de su devoción, sino también de su labor de costura y bordado y de su profesión de talartería.

Pero su labor artística resplandece en esa joya; y las manos han dado muestras de su agilidad y capacidad, mientras el corazón se le embelesaba en gozos y besos.

El tener un Niño Dios o una Virgen Niña era una santa costumbre que se manifestaba en varios personajes de esa época: Recordemos al Niño Fundador de la Madre Catalina de María Rodríguez y al Niño de la Beata María del Tránsito Cabanillas, compañera de Colegio de Mercedes Guerra; el Niño del Padre Bustamante, Fundador de las Adoratrices; y el Niño Pinto del monasterio de las Catalinas, sentadito en su silla de jacarandá, *"dormido, pero en vela"*.

Fiestas y novenas

Comparando el bullicio de nuestros Medios de Comunicación, que nos roban el silencio, tan necesario para la reflexión, el descanso, la oración, el trabajo... y nos "regalan" múltiples e insoportables ruidos cargados de frivolidad, la vida familiar del siglo XVIII debía ser vista como monótona y aburrida. Sin embargo, no les faltaban a nuestros antepasados fiestas, veladas, saraos, bailes juveniles, reuniones familiares motivadas por bautismos, casamientos, onomásticos, convites, diversiones, alegrías, visitas, homenajes..., sin olvidar las fiestas patrias, los conciertos de la banda en la plaza...

El domingo, la familia se vestía de fiesta y todos juntos o por turnos se dirigían a la iglesia para la Misa, donde la liturgia, los cantos, los coros, el armonio, el órgano, la música... entraban por los poros.

Las campanas repiqueteaban por toda la ciudad, ya invitando a todos al encuentro con el Señor Eucarístico, ya apremiando a los rezagados. El almuerzo dominical ofrecía lo mejor de la semana.

Las iglesias y los conventos abundan en Córdoba. Cada iglesia tenía sus fiestas, sus novenas, sus procesiones, sus cofradías, sus obras piadosas y caritativas... La mayor parte de la población estaba asociada a la espiritualidad de una Orden o Congregación y tomaba parte en reuniones formativas, o litúrgicas, o en coros...

Ajuar espiritual

Entre las fiestas, muy sentidas y vividas eran las fiestas navideñas con sus villancicos, pesebres, luces de colores...

Uno de los preparativos más interesantes eran los ajuares espirituales, que se aconsejaban en las escuelas y en las familias.

Así como la novia lleva al matrimonio un ajuar, o conjunto de prendas nuevas, para simbolizar el comienzo de una vida nueva, así las almas piadosas preparaban un ajuar o ramillete de obras buenas, sacrificios, limosnas, oraciones, actos caritativos, que en la Navidad ofrendaban como vestido para vestir al Niño Dios.

Esas buenas obras eran también contabilizadas. Tanto espiritual como psicológicamente, ese ajuar espiritual era muy positivo, porque predisponía, creaba cierta tensión, avivaba la memoria y las expectativas, facilitaba las relaciones.

Algo semejantes se les enseña a los Boys Scouts, cuando se los exhorta a hacer cada día una buena acción. ¿No sería psicológicamente positivo que todos pensáramos en cumplir cada día una buena acción y muy de veras la lleváramos a cabo?

Los Betlemitas en el Hospital

Desde fines del siglo XVIII, Córdoba se gloria de tener un Hospital nuevo, especialmente en los casos de epidemias.

El Hospital estaba dedicado a San Roque, el santo Terciario Franciscano de la llaga en la rodilla y acompañado de un perro con un pan en la mandíbula. San Roque es el símbolo de la caridad fraterna, especialmente en los momentos de emergencia, que todo terciario franciscano debe practicar.

El Hospital estaba dirigido por los Betlemitas, una Orden fundada en el año 1665 en Guatemala por el Beato Pedro de San José de Bethancourt, terciario franciscano, apóstol del catecismo y buen samaritano para con los enfermos.

Los Betlemitas, así llamados por su devoción al misterio de Belén, donde nació Jesús, se esparcieron ampliamente por México, Perú... y recalaron en

Córdoba. Los Betlemitas no sólo atendían en el Hospital, sino también a domicilio.

Mercedes fue testigo de esa "*asistencia práctica, inteligente, asidua, humanitaria y cristiana*" y guardaba esa imagen del Buen Samaritano como modelo para su futura vocación asistencial.

Teniendo contactos con los enfermos, Mercedes tocó con sus manos el tema del dolor, del mal, del sufrimiento, de la fragilidad humana, de la impotencia... y no sólo de los dolores físicos, sino también de los morales y espirituales. Esos enfermos necesitaban de todo, pero, sobre todo, necesitaban cariño, amor, sonrisas, aliento..., según la famosa parábola del Buen Samaritano.

Los Buenos Samaritanos de todos los tiempos no sólo deben aliviar, asistir, curar, sino solidarizarse, compartir, iluminar y valorizar el dolor.

Todos sabemos que Jesús asumió el dolor humano, todo dolor humano, que su amor transformó en instrumento de purificación, perfección, redención...

Con tales testimonios, Mercedes comenzaba a almacenar pensamientos, sentimientos, orientaciones, luces, que un día se transformarían en un Instituto dedicado a los enfermos.

Bibliografía:

Castro, p. 85...

5. En el monasterio de las clarisas



Todo camino que busca conocer y cumplir la voluntad de Dios, se llama vocación. Si el hombre es coherente y colabora para cumplir la voluntad de Dios, ese camino es camino de santidad.

Por eso, el matrimonio es camino de santidad; un oficio o una profesión son caminos de santidad. Los muchos humildes caminos de la vida son caminos de santidad. Y también la política, de la cual se habla pestes, y a veces con razón, cuando es búsqueda del bien común en justicia y verdad, es camino de santidad.

Pero en el común lenguaje de la gente, se considera *vocación* la llamada de Dios a la vida sacerdotal y religiosa.

La vocación se manifiesta de mil maneras. Por ejemplo, San Pablo fue herido por un relámpago celestial, que lo transformó de perseguidor en apóstol del Evangelio. De Edith Stein, judía, filósofa, mártir y santa, se lee que estando en casa de una familia católica, vio en un estante la *Vida de Santa Teresa*, escri-

ta por ella misma. Antes de acostarse, comenzó a leerla, la leyó toda la noche y, al día siguiente, se acercó a la parroquia para pedir el bautismo. Gracias a los libros sobre mártires y santos, San Agustín y San Ignacio se convirtieron.

Por cierto, éstos son casos excepcionales. La común vocación a un seminario o a una congregación nace por un contacto con un párroco o un religioso o por la lectura de la vida de algún Santo Fundador.

De Mercedes Guerra, la *Crónica* del Instituto nos informa: *"Desde muy joven, Mercedes manifestó los más vehementes deseos de ingresar en el monasterio de las Capuchinas de Buenos Aires; pero sus hermanas se oponían a ello en atención de la poca salud de que gozaba. Sin embargo, ante su insistencia, tuvieron que ceder..."*. Más adelante, los hermanos le decían que esperara hasta que sus hermanas, con las que había convivido tan cordialmente, se casaran. Después de haber logrado el acuerdo familiar, surgieron dificultades insalvables de parte del monasterio. No sabemos qué tipo de dificultades –jurídicas, temperamentales o conventuales– impidiera a la abadesa abrir las puertas del monasterio.

¿Cómo se vinculó Mercedes con la Orden Franciscana tanto, que le brotara una vocación de adhesión e incorporación?

Nos gusta pensar que le fue muy fácil a Mercedes relacionarse con la Orden Franciscana. Gracias a la popularidad de San Francisco, de San Antonio y de Santa Clara, muchos ambientes se hallaban –y siguen

hallándose– empapados de la espiritualidad franciscana. Frecuentando la iglesia de San Francisco de Córdoba para una visita, o una novena, o para las confesiones, Mercedes llegaba a conocer muchos aspectos del mundo franciscano y de sus actividades: Francisco Fundador de las tres Órdenes, anécdotas ejemplares, Florecillas gozosas, su fraternidad universal...

Esos contactos devocionales y culturales ofrecían elocuentes testimonios de la historia de San Francisco, de la vida contemplativa de Santa Clara, de los grandes amores de San Francisco: el pesebre, Eucaristía y pasión del Señor, que culminó con la crucifixión de San Francisco y en los tiempos modernos con la crucifixión de San Pío de Pietrelcina.

Todo el norte argentino ha gozado de las gestas de San Francisco Solano, el Santo del violín, el misionero de los indios. En cada iglesia franciscana hay todo un surtido de actividades: predicación, confesiones, novenas, procesiones, sin contar el Pan de San Antonio y los muchos otros servicios de ayuda a los pobres...

Del conocimiento y de la admiración brota el amor y con el amor nacen la adhesión y el deseo de la imitación, o sea, el deseo de compartir la vida. Ahí está la raíz de la chispa vocacional.

Tanteando y sembrando

Viviendo en Córdoba, ¿cómo podía Mercedes comunicarse con el monasterio de Clarisas Capuchinas, situado en Buenos Aires?

Los Hermanos Franciscanos de Córdoba se ofrecieron como intermediarios o puentes para contactarse con Fray Nicolás Aldazor, superior del convento San Francisco de Buenos Aires (Alsina y Defensa).

Hubo un primer intento de Mercedes para establecer relaciones con la abadesa del monasterio; pero fracasó. Tampoco dio resultados la visita personal de Fray Nicolás al monasterio. La abadesa mostró desinterés, indiferencia, despreocupación. He aquí cómo responde Fray Nicolás a Doña Mercedes Guerra:

"No había contestado hasta ahora a su primera carta que se sirvió dirigirme, esperando recabar respuesta de la otra carta que venía entonces adjunta para la Madre Abadesa de las Capuchinas y que yo mismo inmediatamente entregué a la tornera del monasterio. Entre tanto, he recibido la segunda carta; y ya me es forzoso decirle que una sola vez he logrado hablar con la Abadesa. Y, exigiéndole su contestación, me dijo secamente que ya antes se le había escrito sobre el particular, y que la carta de Ud. era contestación a la de ella.

"A pesar de esta indiferencia que ha mostrado y muestra la Abadesa, yo no omitiré ocasión oportuna de tocarle con el mayor interés sobre el mismo asunto, no obstante el poco caso que hará de mi intercesión. De todas maneras, debe Ud. estar persuadida que si esta intercesión fuese de algún valor, no dejaré de emplearla en favor suyo.

"Es preciso que Ud. tenga paciencia, confiada en que el Señor, que la ha escogida para Esposa su-

ya, sabrá allanar por medios desconocidos y ajenos a la prudencia humana, todas las dificultades, para que se llenen sus designios. Si en lo sucesivo yo pudiese adelantar algo consolante relativo a su pretensión, tendré el gusto de comunicárselo inmediatamente.

"Entre tanto, vea Ud. en qué otra cosa pueda serle útil y mande con imperio a este su atento servidor y humilde Capellán, que sus manos besa".

Después de haber dado explicaciones sobre la tirante situación, Fray Nicolás se hace el Padre espiritual, dando unos consejos oportunos, para que Mercedes aprovechara el fracaso practicando la virtud y no se desalentara.

Mercedes llegará, sí, a ver cumplido su ardiente anhelo de ser religiosa, pero después de haber atravesado pruebas y sacrificios, que rayan en el heroísmo. Escribe el Padre Córdoba: *"Sin desmayar ante la indiferencia y hasta la repulsa de la abadesa, por espacio de diez años consecutivos continuó gestionando su admisión, por intermedio de su valioso y tesorero abogado, Fray Nicolás, hasta que, por fin, se logró allanar todas las dificultades y el monasterio le abrió a Mercedes las puertas para poder ingresar como novicia".*

También muchos otros Fundadores sobrellevaron pruebas tan largas y delicadas y percances semejantes, como los tuvieron que aguantar María Antonia de Paz y Figueroa, la Beata de los Ejercicios, y María Benita Arias, Fundadora de las Siervas de Jesús Sacramentado.

A pesar de no poder avanzar con sus proyectos, esos Fundadores no permanecieron de brazos cruzados, sino que volvieron a sus tareas diarias, para ganarse el pan con el sudor de su frente, intensificaron su oración, compartieron sus ideales y sus esperanzas con compañeras y amigas, para que, cuando llegase la hora de Dios, estuviesen bien dispuestas y dieran su plena adhesión.

¡Finalmente, en el monasterio!

Finalmente, después de tanta paciencia, constancia, sacrificios, fervor de oraciones, Mercedes mereció el premio: la admisión en el monasterio.

Recibió la noticia el mes de noviembre de 1857. ¡Noviembre, mes de María, mes de las flores, preparación a la festividad de la Inmaculada!

¡Habían pasado diez años de expectativas, los mejores años de su madurez y de sus ensueños!

Con gran solicitud, preparó su equipaje y su ajuar. A través de sus contactos con el personal de San Roque, llegó a conocer al Dr. Mariano González, miembro distinguido del Hospital, quien debía viajar a Buenos Aires y ofreció a Mercedes su compañía.

Ambos acudieron a la sede de las galeras, fijaron el día del viaje, pagaron el importe y partieron hacia Buenos Aires, ciudad dedicada a la Santísima Trinidad.

Finalmente, después de tanta espera, podía volar al querido nido y consagrarse toda al encuentro con Jesús y ser lámpara viviente de los sagrarios.

Las distintas postas marcan los kilómetros y los días del largo viaje. Mercedes aprovechaba cada posta para visitar a la capilla o a la iglesia y enviarle un beso de amor al Señor. Para Mercedes, el viaje fue una peregrinación o procesión, donde los rosarios desgranados se multiplicaban, donde cada campanario que se asomaba a la vista era una llamada para saludar al Huésped de nuestros altares, donde el polvo, el viento, el frío, el calor, la lluvia, el cansancio se transformaban en sacrificios y en pequeñas estaciones del Vía Crucis y en ejercicios de paciencia.

Todo era poco para encontrarse con el divino Esposo, que la esperaba.

Finalmente, después de más de una quincena de días de traqueteos, llegaron a Buenos Aires y el monasterio, situado entre Alsina y Piedras, le abrió las puertas.

Quien le dio la bienvenida y la primera sonrisa, fue Santa Clara desde su imagen. Hay que decir que Santa Clara no sólo fue inspiradora de ese monasterio, sino también salvadora de la patria contra las invasiones inglesas del año 1807. Por esto, el Virrey Liniers, en señal de gratitud, la proclamó segunda Patrona de Buenos Aires.

El 3 de marzo de 1858, Mercedes fue admitida a la vestición religiosa y al comienzo del noviciado. Quien presidió la ceremonia, fue Fray Nicolás Aldazor, quien la había acompañado y alentado en la dura brega de ingresar y así pudo compartir su alegría.

Durante el retiro previo a la vestición, Mercedes podía leer en el profeta Oseas la promesa de Dios: *"Yo la desposaré conmigo para siempre"*.

Además del hábito marrón, el velo negro en la cabeza y el cordón franciscano en la cintura, se le dio también un nombre nuevo: *Sor María Pascuala*.

Bibliografía:

Córdoba, p. 24...; Castro, p. 121...

6. Etapas desconcertantes

 Mercedes, con la vestición y el comienzo del noviciado, pensaba haber llegado a la meta y que su barquichuela ya hubiere llegado al puerto.

Pero, ¡no! El monasterio no sería su puerto, sino una escala técnica, como suele decirse, porque muy otros eran los designios de Dios.

Algunos meses después, Mercedes tuvo que abandonar esa santa casa y volver al mundo, porque su delicado estado de salud no le permitió vivir en el claustro.

¿Qué dolencia era? El Hermano franciscano José L. Chapo nos lo aclara: *"Mercedes hizo su viaje a Buenos Aires con su dote correspondiente y entró en el monasterio; pero se enfermó mucho. Le salió un carbunclo en la frente. Las monjas le dijeron que no podía continuar en el convento. Se vio obligada a salir sola y sin recursos. Pero tenía en la capital muchos y muy buenos amigos, que la ayudaron en toda forma, hasta que ella pudo bastarse a sí misma"*.

Esa dolencia era un tumor virulento, gangrenoso, de color negro, que hubiera sido soportable en

una pierna, pero justamente estaba incrustado en el centro de la frente, que todos podían ver y que espantaba a todos por el temor del contagio. La abadesa, después de las debidas consultas, le aconsejó que saliera del monasterio.

La pobre novicia, con lágrimas en los ojos y el llanto en el corazón, abandonó el monasterio en medio de un desconcierto psicológico y espiritual. Buscaba explicaciones, pero no las hallaba. ¿Por qué este vuelco, si Dios me llamaba? ¿Por qué esta prueba? ¿Cuál será mi futuro? ¿A dónde iré? ¿Regresaré a Córdoba, a compartir la vida hogareña con mis hermanos o...? ¿Buscaré un ranchito en Buenos Aires?

Hacia el año 1930, la Superiora de las Hermanas de la Caridad, la obra fundada por Mercedes, movida por el deseo de investigar la vida de Mercedes, se acercó al monasterio de las Clarisas, para saber más noticias. En el monasterio vivía todavía alguna monja que la había conocido. He aquí la respuesta de la abadesa: *"He preguntado a la monja más antigua, que tiene 89 años, si se acordaba algo de esa novicia y que me dijera lo que sabía, pues quería buscar algún dato. Me respondió así: "Sí, la he conocido y salió por enferma. Cuando supo que tenía que salir, lloró amargamente y la comunidad la sintió mucho también, porque era muy buena"*.

De arena a perla

De nuevo en la vida de Mercedes, se presenta el misterio de la Cruz. ¡Y no faltarán otros!



Madre Mercedes Guerra, en una de las pocas y muy antiguas fotos, su dulce y serena mirada sigue aun guiando los pasos de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad.



Asilo para huérfanas "San José" en Chascomús, foto del año 1898 aproximadamente, se ve en el centro a la Madre Guerra rodeada de niñas y niños huérfanos.

Frente al misterio de la Cruz, es inútil retorcerse en la búsqueda de explicaciones, porque no las hay, o las habría muy parciales. Frente a la Cruz, sólo cabe adorarla y aceptarla, porque es *"Salvación, Vida y Resurrección"*.

Con el antiguo Job, podríamos repetir: *"El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Sea por siempre bendito su nombre!"*.

El Señor Castro nos ofrece una delicada pincelada acerca de la transformación del sufrimiento: *"El sufrimiento es para el alma como el granito de arena para la ostra, la que en su dolor circunda y cerca el granito, o sea, produce una defensa, que da origen a una perla preciosa"*.

Laica consagrada

En esta situación de alejamiento del monasterio por razones de enfermedad, se encontraron otras almas generosas, como la Beata María del Tránsito Cabanillas y la Madre Camila Rolón, las que, sintiéndose llamadas por Dios para el monasterio de las Clarisas, hicieron su ingreso; pero, por enfermedad tuvieron que salir. Y hasta intentaron otros ingresos en distintos institutos; pero, al sobrevenir otra vez la enfermedad, comprendieron que muy otro sería el designio de Dios, quien no las quería en el claustro, sino fundadoras de Congregaciones al servicio de niñas pobres, huérfanas, enfermos...

Una vez fuera del monasterio, Mercedes no hizo otros intentos. Hallándose en plena noche, no po-

día tomar ningún sendero, ninguna decisión. Había que esperar las primeras claridades del amanecer.

Podía regresar a Córdoba y allí llevar una vida serena y apacible en compañía de sus hermanos, sin preocupaciones, cosa que hubiera sido muy conveniente para sus 41 años de edad.

Sin embargo, sintió como una voz muy nítida la vocación franciscana, que consiste en consagrarse a Dios tras los ejemplos y las huellas de San Francisco.

Ya que la enfermedad le impidió vivir como franciscana en el monasterio, ¿no podría vivir como franciscana en el mundo, en el fragor de la vida diaria? Le pareció que fuera una idea feliz o, mejor, que fuera un descubrimiento. Una lucecita había atravesado las persianas para iluminar su alma.

Y, mientras reflexionaba, se miró al espejo y se vio con el hábito de San Francisco. Sucedió que, al abandonar el monasterio, no abandonó el hábito religioso. Primeramente, lo llevó por pura devoción, como lo hacían otras mujeres por promesas. Esto le produjo alegría y reforzó sus búsquedas.

Mientras acariciaba la falda y la besaba, se preguntó: “¿Qué quiere decir vivir como franciscana?”.

Recordando las lecturas de la vida de San Francisco o sus panegíricos en las iglesias, se dio esta respuesta: “*Vivir como franciscana es vivir en pobreza, humildad, sacrificio, trabajo, paciencia, sencillez, alegría, amor a Dios, servicio al prójimo*”.

Ella sabía muy bien que las actividades caritativas son múltiples y que a través de cada una de ellas

se brinda un servicio a Jesús presente en el prójimo necesitado (Mt 25, 41). Poco a poco, se sintió cautivada por esta idea: “*Entregaré mi vida como laica consagrada al servicio de los enfermos como Buena Samaritana*”. Fue otro descubrimiento de Mercedes y fue camino de perfección y de santidad. Y, con el tiempo, como veremos más adelante, esa idea se volvió inspiración para fundar una nueva Congregación.

Las Crónicas son muy explícitas: “*Al salir del monasterio, Mercedes alquiló una casa en la Calle Chile, casi esquina Defensa. Allí, recibía pensionistas, y se ocupaba en cuidar enfermos*”.

¿Cómo se le ocurrió a Mercedes la idea de curar enfermos? Puede ser que fuera solicitada por la familia de algún enfermo, o porque el oficio ya lo había ejercido entre sus parientes, ¿o por inspiración? Nos gusta pensar que los tres factores coincidieron en la nueva vocación.

No faltaba un motivo sociológico, que delataba un atraso en esos servicios: “*En aquel tiempo, no había en esta Capital comunidades religiosas, dedicadas al cuidado de los enfermos, ni siquiera enfermeras laicas a quienes se pudiera recurrir en caso de necesidad*”.

El de Mercedes sería un servicio de enfermería; pero ya está anticipando la urgencia de una fundación religiosa.

El servicio era gratuito, o sea, sin sueldo ni honorarios; pero la gente agradecida brindaba su colaboración para la subsistencia.

Era un servicio a domicilio. Allí asistía y cuidaba a los enfermos y curaba sus heridas. Vigilaba la administración de los medicamentos. Solícita y diligente, iba de casa en casa.

Nos preguntamos: Mercedes, ¿se consideraba sólo como enfermera o como misionera? Nos parece que las dos cosas iban muy juntas. Mientras brindaba un servicio al cuerpo su palabra alentaba y orientaba al alma, invitaba a la oración, compartía los sufrimientos del enfermo y las preocupaciones de la familia. Rezaba con el enfermo. No hay mejor alivio para un enfermo que la oración, porque con ella se abre una ventana a la intercesión, a la esperanza.

¿A quién prestaba su asistencia y sus cuidados? La atención a todo enfermo es personalizada. Las *Crónicas* lo dicen claramente: desempeñaba su misión "en el círculo de sus relaciones", o sea, entre vecinos y conocidos. Esos servicios de enfermería fueron muy necesarios y apreciados. Las *Crónicas* destacan la simpatía y la gratitud, que se granjeaba: *"Los servicios que prestaba la virtuosa Señora Mercedes eran inapreciables en el círculo de sus relaciones. Entre ellas no había un lugar visitado por el dolor donde ella no se encontrase constante, para enjugar lágrimas, pasar desvelos y compartir toda clase de tribulaciones"*.

Orden Franciscana Seglar

En su gran espíritu apostólico, además de la Orden de los Hermanos Menores, para varones, y de

la Orden de Santa Clara, para mujeres, San Francisco fundó la Orden Tercera para los Laicos (actualmente, Orden Franciscana Seglar).

En varias oportunidades, al reunirse la gente, Francisco les dirigía esos sermones de fuego, que provocaban positivas reacciones entre sus oyentes, que pedían algunas normas para una vivencia más conforme al Evangelio. A veces, Francisco les dirigía esos comunes consejos de vida cristiana: fidelidad a los mandamientos de la Ley de Dios, oración en familia, educación de los hijos, servicios caritativos. Otras veces les prometía estudiar el problema más detenidamente. De esas inquietudes nació la Tercera Orden.

Sus Patronos son San Luis IX, rey de Francia, y Santa Isabel de Hungría, dos eminentes figuras en todas las actividades humanas: familia, trabajo, economía, política, cultura, asistencia social, gobierno de los pueblos, problemas de la vida..., ofreciendo estupendos ejemplos de vida cristiana y servicios a los pobres y necesitados.

En los siglos pasados, la Tercera Orden no sólo era una institución religiosa con sus reuniones, rezos, clases formativas, sino que también era una especie de Mutual, para asistencia de los socios en vida y muerte.

En los siglos pasados, la Orden Tercera florecía en las clases altas: Papas, obispos, príncipes, profesores universitarios, empresarios... como en las clases bajas. Ambos grupos vivían la fraternidad, la colaboración, la solidaridad, la evangelización, las

Obras de Misericordia
zón y una sola alma
libertad y autonomía
gobernantes.

Viviendo en Mercedes, distaba un día de San Francisco, situada a 100 kilómetros. Allí vivían el Padre Aldaz y el obispo de San Juan. Los dos fueron directores escolares de la Sierva de

Cuando no iba a la ciudad en ocasión de la Merced, mientras estaba leyendo, se levantaba y caminaba hacia la basílica. Allí, después de la Misa, comulgaba y se reunía con un grupo de señores que iban a la Tercera Orden. Allí se reunían en sus reuniones.

Mercedes se compartía sus ejercicios debido tiempo, solicitaba que sería plataforma